

“Observando” la historia de las ideas. Niklas Luhmann y su contribución al debate contemporáneo de las ciencias históricas

“Observing” the History of Ideas. Niklas Luhmann and his Contribution to the Contemporary Debate on Historiography

José Javier Blanco Rivero*

Licenciado en Estudios Políticos y Administrativos, Universidad Central de Venezuela (2007).
Doctorando en Ciencias Políticas, Universidad Central de Venezuela (en tesis). Profesor de
Historia de las Formas Políticas en la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos, de la
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad Central de Venezuela

Resumen

La sociología contemporánea se ha vuelto más consciente de su historicidad y de la importancia de la historia, y del mismo modo, le ha hecho un espacio en sus teorías al problema lenguaje a la hora de explicar el orden social y su funcionamiento. A pesar de la coincidencia de intereses teóricos y metodológicos entre sociología e historia, las metodologías contemporáneas en historia intelectual poca atención le han prestado a estas teorías, cuando les podrían brindar ingentes recursos en un debate que ya no es meramente metodológico, sino que apunta a los fundamentos mismos de la validez de la historia como disciplina. La teoría social de Niklas Luhmann es una de esas teorías sociológicas que podría brindar herramientas teóricas para que la historia se piense como sistema social, y que, además, pueda desarrollar nuevos programas de investigación tomando

Abstract

Contemporary sociology has become increasingly conscious of its historicity and of the importance of history, and its theories have also given room to language when it comes to explaining social order and how it works. Although sociology and history share some common theoretical and methodological interests, contemporary methodology in intellectual history has paid little attention to those theories even if great resources could be provided to a debate which is no longer merely methodological, but focuses on the very foundations of history as a discipline. Niklas Luhmann's social theory is one of those sociological theories that could provide theoretical tools, so that history may be thought of as social system with an additional ability to develop new research programs following the difference between semantics and social structure

* **Correo electrónico:** jose.blanco@ucv.ve javierweiss@gmail.com

Recibido: 03-11-2011

Aprobado: 19-04-2012

como diferencia directriz aquella entre la semántica y la estructura social. Siguiendo este programa sistémico, la historia podría alcanzar un cambio de paradigma: el de la complejidad.

as the leading distinction. Luhmann's theory could lead history into a paradigmatic change: that of complexity.

Palabras clave

Sociología; Historia; Semántica; Estructura social; Complejidad

Key words

Sociology; History; Semantics; Social structure; Complexity

Desde los años sesenta, aproximadamente, el giro lingüístico de la filosofía marcó también un giro en la forma en que se escribía y comprendía la historia de las ideas políticas. Desde entonces, distintas formas alternativas de escritura de la historia intelectual se han desarrollado, inicialmente con poco contacto entre sí, hasta llegar al panorama contemporáneo cuando se registra un intenso intercambio entre ellas. Entre estas grandes corrientes se cuentan la Escuela de Cambridge, la *Begriffsgeschichte* (Blanco, 2009) y, dentro de la heterogénea corriente de la historia de las mentalidades, la propuesta de Michel Foucault de arqueología conceptual.

Paralelamente, y sin desconocimiento de estos desarrollos, también se reflexionaba sobre el carácter de la escritura de la historia, labor en la que vale resaltar nombres como Michel de Certeau (1993), Hayden White (2010) y Reinhart Koselleck (2010).

Inevitablemente, estas dos problemáticas están sumamente imbricadas entre sí, a saber, tanto la problemática de la escritura de la historia (la cual supone una operación condicionada por el horizonte histórico y cultural del historiador, así como por la aceptación del hecho de que el acontecimiento en sí está vedado para el historiador, quedándole solo en interpretaciones, e interpretaciones de interpretaciones) como la de cómo abordar correctamente el estudio del pensamiento pasado (es decir, de manera no anacrónica, sin imponer criterios y prejuicios culturales del presente a un pasado que no los conoció). Puesto que si el acontecimiento o los hechos, la historia *wie es eigentlich ist* (como efectivamente es), ya no es posible; si la historia encuentra la condición de su posibilidad en la escritura histórica, en la lingüistización de acontecimientos y experiencias (Koselleck, 2006), entonces toda historia es, de una forma u otra, una historia intelectual (Collingwood, 1974). Y enfatizamos la razón: porque tiene que ver con el utillaje conceptual que en cada

momento histórico se disponía para construir un relato, así como con los criterios sociales de diferenciación y aceptabilidad que permitían conferirle a tal relato el estatus de *histórico*.

En definitiva, el debate metodológico contemporáneo en la historia intelectual compete a todas las ciencias históricas. Reducirlo a lo metodológico es infravalorarlo y malentenderlo, pues se trata nada más y nada menos que de las condiciones de validez del discurso histórico; se trata de la diferenciación de la historia frente a otras disciplinas de las ciencias sociales; se trata de la afirmación problemática de la historia como disciplina autónoma. Desde este punto de vista, no se trata de metodología; se trata de una crisis teórica, y más aun, epistemológica.

De allí que en este debate se vuelvan a problematizar las relaciones de la historia con las ciencias sociales. La Escuela de los Annales preconizó este proyecto a principios de siglo xx, pero a condición de someter bajo su programa a las jóvenes ciencias sociales como la sociología y la antropología. Pero ahora, la historia se ve arrastrada por el programa de las ciencias sociales; ha perdido su identidad (Dosse, 2006).

Por esta razón, los préstamos conceptuales de otras disciplinas (como la lingüística, la filosofía, entre otras) se hacen con mucha cautela, y se evitan sobre todo los préstamos conceptuales de una disciplina con la que ha estado en disputa desde principios de siglo: la sociología (Dosse, 2006) (sobre todo en la historiografía francesa, en la alemana, por el contrario, la sociología weberiana ha sido muy bien recibida).

El problema entre la sociología y la historia tiene que ver con que ambas tienen las mismas pretensiones sobre un mismo objeto de estudio sumamente amplio y complejo: la sociedad. Solo que cada cual, con métodos y marcos teóricos distintos y más o menos articulados. Ciertamente, la sociología durkheimiana y sobre todo la sociología americana de los cincuenta, era una ciencia que le daba la espalda a la historia; se concebía como una disciplina analítica, válida para todas las épocas. Eso, no obstante, ha cambiado por lo menos en los últimos cincuenta años. Ahora la sociología considera a la historia como un elemento fundamental, no solo de investigación sociológica, sino también a la hora de reconocer las condiciones sociales de producción del conocimiento. Es decir, en la medida en que la sociología se ha vuelto consciente de la historicidad de su propio quehacer, se ha abierto a la historia.

Y esta apertura de la sociología hacia la historia no ha sido muy bien recibida por los historiadores. Más bien, nos atreveríamos a decir que ha sido sistemáticamente ignorada. Este hecho es tanto más preocupante por cuanto la sociología ha producido un conjunto de teorías de la sociedad en las cuales el lenguaje, la comunicación, la semántica, la semiótica, así como el poder, la estructura social, la dominación, entre otros, constituyen los elementos analíticos centrales. Y no solo el lenguaje es tema predilecto de la teoría sociológica (o de una nueva rama llamada sociolingüística), sino también los textos. Ciertamente, aquí la sociología es deudora de la filosofía hermenéutica pero ha realizado aportes importantes a la hora de comprender al texto como un artefacto social o como un producto cultural.

De modo que, sugerimos, el aprovechamiento de los marcos teóricos de la sociología por la historia es un programa sensato, tanto por la convergencia de intereses como por cuanto la sociología puede aportar la densidad teórica que al historiador le falta.

Existe, sin embargo, un buen sector de historiadores quienes niegan la importancia de la teoría. Arguyen que basta la práctica del historiador, a saber, un arsenal de técnicas y conocimientos acumulados por la experiencia, a partir de los cuales se pueden construir metodologías prácticas y ensayar explicaciones sobre los grandes procesos históricos. En dado caso, la teoría sería producida por el historiador a partir de la historia misma.

Pero esta posición revela una gran ingenuidad epistemológica: como si ya el historiador no dispusiese de marcos teóricos *ad hoc* más o menos desarticulados para poder escribir cualquier historia, marcos teóricos (aunque para este caso sería mejor llamarlos *marcos cognitivos*) sobre cuya existencia no es plenamente consciente; como si mucho del vocabulario del historiador no tuviese su origen en otras ciencias sociales, especialmente la sociología (piénsese en categorías como tipo ideal o clase social); y, finalmente, como si la abstracción teórica estuviese reñida con una buena historia.

El problema principal reside fundamentalmente en este último punto, a saber, que la idea de una buena historia que tienen los historiadores —en todas las versiones que defiende cada corriente historiográfica— no es una historia teóricamente informada. La del historiador es una pasión por lo concreto, como si lo concreto

no fuese ya una abstracción. Pretendiendo aferrarse a lo empírico, se han encontrado con que el cambio de paradigma en las ciencias sociales, de un empirismo positivista a un constructivismo más o menos realista (pero constructivismo al fin), (Berger y Luckmann, 2008; Glaserfeld, 1997; Searle, 1997), los ha dejado sin asidero. Socialmente no hay hechos por sí, no hay forma objetiva de aprehender estados de cosas; existen solo selecciones, interpretaciones, y los criterios de selección son distinciones y teorías más o menos elaboradas.¹

Reinhart Koselleck (y en su momento también Fernand Braudel, aunque de manera muy distinta en cada caso) ha señalado que aquel terreno sobre el cual los historiadores deben afirmarse es el *tiempo* (Braudel hablaba de la duración), por ende, una teoría de la historia debería tener la forma de una teoría de los tiempos históricos (Koselleck, 2003). Esta es una de las alternativas disponibles actualmente para que la historia se haga con un ámbito propio de teorización social; no obstante, esta propuesta aun no se ha convertido en un programa que persiga la disciplina en conjunto.

Es entonces en este escenario de incertidumbre reinante en las ciencias históricas, cuando proponemos el acercamiento a la sociología. Un acercamiento que no tiene que significar la rendición al sociólogo del terreno del historiador, sino un préstamo y un intercambio teórico y metodológico entre ambas disciplinas para producir nuevos conocimientos.

Nos gustaría abordar en este ensayo los aportes de una teoría de la sociedad que ha reflexionado con profundidad sobre un conjunto de problemas que competen al objeto de la historia intelectual y de la historia en general. Se trata de una de las teorías sociológicas más importantes del siglo xx, a saber, la teoría de los sistemas de Niklas Luhmann.

El diseño teórico de Luhmann es sumamente abstracto y requiere, antes de examinar sus contribuciones al problema, una aclaración de sus supuestos básicos y de un conjunto de categorías de análisis fundamentales.

¹ Hoy en día se discute, incluso en la física cuántica, si el observador, al observar, no alteraría los hechos físicos. Con lo que la noción de un *hecho objetivo* se precipita también en las ciencias duras sobre sus cimientos.

LA TEORÍA SOCIOLÓGICA DE NIKLAS LUHMANN. PRESUPUESTOS Y CATEGORÍAS FUNDAMENTALES

La teoría de los sistemas de Niklas Luhmann puede entenderse, de manera demasiado simplista y general, como un conjunto de categorías íntimamente imbricadas entre sí, que nos permiten remitirnos al mundo, a objetos en el mundo, así como a las relaciones de estos entre sí objetos y entre estos y el mundo. Y ello, contando con el hecho de que el observador mismo, es decir, el que emplea estas categorías, es parte también de ese mundo.

La forma que se elige para ordenar la complejidad del mundo es precisamente la categoría de sistema. Desde este punto de vista, el sistema no es una esencia, sino una diferencia entre sí mismo y el entorno (*sistema-entorno*); de este modo, el observador señala la forma “sistema” para referirse a lo que es de su interés, seleccionando simultáneamente al entorno relevante, e incluso a otros sistemas presentes en ese entorno (esto es lo que Luhmann llama *referencia sistémica*), (Luhmann, 1998).

Pero esto no quiere decir que el sistema sea una selección arbitraria del observador, tal como suponía la Teoría General de los Sistemas en su etapa inicial. Los sistemas se organizan a sí mismos, se distinguen por sí mismos del entorno (se diferencian) y son capaces de evolucionar. ¿Cómo es esto posible?

Para comprender esto es necesario explicar cuál es la base de reproducción de los sistemas sociales (existen también los psíquicos, pero no los abordaremos aquí) y cómo operan estos sistemas.

Los sistemas sociales producen y reproducen autopoieticamente *comunicación*. Por autopoiesis se entiende que la comunicación se genera y regenera a partir de sí misma; dicho de otra manera, la comunicación comunica (Luhmann, 1998).

La comunicación es entendida por Luhmann como una triple selección entre *información, notificación y comprensión*. La información y notificación producen diferencias que son interpretadas, generándose así la comunicación. Obviamente, la comunicación necesita de los sistemas psíquicos (el hombre es entendido por Luhmann como un acoplamiento estructural entre un sistema biológico y un sistema psíquico) que produzcan como rendimiento comprensiones o interpretaciones; la comunicación también necesita de un *alter* y un *ego*: posiciones que

puedan asumir una u otra comprensión. Pero lo decisivo es que las posibilidades de comprensión son generadas por la propia comunicación, y la manera como lo hace es explotando constantemente la diferencia entre información y notificación (Luhmann, 1998).

La notificación es la forma que se selecciona para comunicar algo (palabras, gestos, mensajes de texto, un símbolo, un uniforme, etc.), mientras que la información es la selección de una diferencia que solo tiene valor de comunicación en el instante que se la comunica (por ejemplo, el enunciado "han tomado La Bastilla" es un acontecimiento, pero no es información; solo tiene valor de información algo que se desconozca). La forma de comunicar una información puede contradecir a la misma información, generándose distintas comprensiones de una misma información (Luhmann, 1998).

Es así, dicho de manera muy general, cómo la comunicación produce y reproduce comunicación. Hay que acotar que la comunicación solo se produce en los sistemas, el entorno no comunica. Los elementos del entorno solo irritan a los límites del sistema produciéndose *ruido*. A partir de ese ruido el sistema construye un orden haciéndose cada vez más indiferente al entorno, aunque no por ello el entorno deja de incidir en el sistema. Este ruido produce irritaciones a partir de las cuales el sistema genera información sobre su entorno, la cual procesará, convirtiéndola en comunicación (Luhmann, 1998).

Pero, ¿qué es aquello que le permite a los sistemas procesar la información y reproducir comunicaciones?

Todo sistema produce comunicación valiéndose del medio universal del *sentido*; es este el que permite procesar información y organizar la comunicación garantizando su capacidad reproductiva. El sentido hace posible que los sistemas sociales puedan manejar información y de este modo hacer comprensible para sí al mundo o al entorno. El sentido dispone de esquemas de atribución a partir de los cuales el sistema se observa como actor y experimenta vivencias provenientes de su entorno o de las acciones de otros sistemas (Luhmann, 2007).

El sentido se entiende, entonces, como una diferencia entre acciones y vivencias actuales, con respecto a acciones y vivencias potenciales. Por ejemplo, ante un golpe de Estado como conjunto de vivencias y acciones actuales, se le superpone

un conjunto de expectativas sobre las acciones y vivencias que seguirán a continuación: la formación de un nuevo Gobierno, ¿cómo será este nuevo Gobierno?, ¿será autoritario, será democrático, traerá estabilidad?, etc.

El sentido se despliega en tres dimensiones que podemos distinguir analíticamente: una dimensión social (distingue entre un *alter* y un *ego* y se pregunta por posibilidades de *consenso* y *disenso*), una temporal (distingue entre un *antes* y un *después* y se preocupa por encadenar acontecimientos bajo la condición de su *repetibilidad* o su *irrepetibilidad*) y una objetiva (distingue entre una cosa y otra o entre *esto* y *aquello*), (Luhmann, 1998). Siguiendo con nuestro ejemplo: la dimensión objetiva ya está marcada por la definición de la situación social como golpe de Estado, y en este punto cualquiera podría disputar tal definición del estado de cosas. En la dimensión social surge el problema de cuáles grupos sociales tomarán el poder, atribuyéndosele a cada uno un conjunto de propiedades positivas y/o negativas, y asumiendo que el destino del país será diferente según lo gobierne tal o cual grupo. No en balde, en esta dimensión se enfatiza el problema del consenso o la falta de consenso en torno al grupo, facción o partido político que tomará el poder. Y en la dimensión temporal se comparan las acciones pasadas y presentes de los actores en juego y se toma posición con respecto a ellas, y también se actualizan estructuras temporales del sistema, a saber, se fija la impresión de que los acontecimientos que se viven son más de lo mismo, élites sustituyéndose unas o otras pero que no resuelven los problemas de la gente (repetibilidad), o se subraya que se está viviendo una revolución, un cambio sustancial en la vida política del país (irrepetibilidad).

Ningún sistema social puede prescindir del sentido, puesto que gracias a este medio puede procesar la información. Nótese que la forma del sentido es compatible con la autopoiesis del sistema, es decir, el hecho de que el sentido esté concebido como una diferencia entre actualidad y potencialidad hace posible la disposición de comunicaciones siempre listas para enlazarse unas con otras. Esto lo podemos observar en el ejemplo que hemos puesto sobre un golpe de Estado en un sistema político. El mismo lector podrá agregar posibilidades y escenarios que sigan a continuación de los planteados o como alternativa a los mismos; pues bien, esto es posible porque existe el sentido.

Ahora bien, ¿cómo es que cada sistema produce y reproduce comunicaciones específicas y propias? En el caso de nuestro ejemplo, ¿cómo es posible que el

sistema político reproduzca comunicaciones que reconozca como específicamente políticas?

Cada sistema tiene sus propias *estructuras*, las cuales funcionan como criterios de sensibilidad e indiferencia. Las estructuras son distinciones que emplea el sistema para realizar selecciones. En la medida en que un sistema se diferencia mayormente de su entorno y se vuelve más complejo, incrementa su selectividad, es decir, el sistema escoge los criterios que le servirán para discriminar qué informaciones son relevantes para él y cuáles no (Luhmann, 1998).

Estas estructuras se actualizan también como operaciones pero de un tipo especial: la comunicación ocurre como acontecimiento, en el mismo momento en que tiene lugar se desvanece; pero la estructura dura más que el acontecimiento comunicativo y, precisamente por este hecho, es capaz de orientar la autopoiesis del sistema, aunque cada estructura deba ser actualizada en cada comunicación para afirmar su validez (aunque también puede permanecer latente y actualizarse en otro instante).

Las estructuras operan entonces bajo la forma de *observaciones y descripciones*. En ambos casos se trata de condensaciones semánticas de sentido; la diferencia entre ellas radica también en su duración: las descripciones duran más porque se valen de textos para su preservación, mientras que las observaciones son más bien circunstanciales y coyunturales (Luhmann, 1998).

Ningún sistema desarrolla formas de observación y descripción idénticas a otros sistemas, y esto se debe a un hecho fundamental: de la relación entre autopoiesis y estructura se deriva una *clausura operativa* del sistema, es decir, todos los estados del sistema son determinados por el mismo sistema; el entorno no interviene en los estados del sistema, solo lo irrita y así se produce información con sentido que las estructuras hacen discurrir por cauces determinados, orientando así la reproducción de la comunicación.

Existe otro tipo de estructuras conocidas como *códigos binarios*. Estos códigos son estructuras particulares de los sistemas funcionales (es decir, aquellos que se distinguen de los demás y de su entorno, asumiendo una función para el sistema social global), en el seno de los cuales funcionan como una especie de filtro que duplica la información y la hace más manejable para el sistema. Mediante el

valor positivo del código, el sistema fija sus preferencias, es decir, aquella información que pueda emplear para producir comunicaciones relativas a su función. Mientras que el valor negativo le sirve para atajar la contingencia y el azar; el valor negativo cuestiona, pone en duda, hace contingente la selección del sistema. Las contradicciones que se generan por la duplicidad del código evitan que el sistema caiga en puntos muertos y pueda seguir operando (Luhmann, 2008).

El código del sistema político, por ejemplo, es aquel de Gobierno-oposición. Todas las decisiones vinculantes colectivas (esta es la función social del sistema político) que toma el sistema las toma el Gobierno, pero el otro lado del código permite que esas decisiones sean cuestionadas y que a partir de esas contradicciones surjan nuevas decisiones vinculantes colectivas.

Así, pues, las estructuras y los códigos binarios son aquellos factores que especifican el carácter y el tipo de enlace que el sistema permite entre sus operaciones. Esta forma de operar de los sistemas los obliga a diferenciarse comunicativamente de su entorno, en la medida en que cada operación traza distinciones entre el propio sistema y el entorno. De esta manera cada operación distingue constantemente entre *autorreferencia* y *heterorreferencia*, es decir, el sistema en cada momento se atribuye a sí mismo lo que deriva de sus propias operaciones y atribuye al exterior lo que considera que pertenece al entorno.

Para seguir con nuestro ejemplo, el sistema político opera produciendo y reproduciendo *decisiones vinculantes colectivas* (Luhmann, 2000). Todo aquello que sea una decisión vinculante colectiva, o que pueda llegar a convertirse en objeto de una de ellas, es considerado por el sistema como de su competencia. Mientras que todo aquello que no lo sea, es relegado al entorno.

Hemos dejado en último lugar –para finalizar con esta breve y apretada exposición– a la categoría de *complejidad*. La complejidad siempre ha estado presente como supuesto tras cada elemento teórico que hemos expuesto. La complejidad es condición de posibilidad del sentido; la complejidad es el factor principal que incide en la diferenciación sistémica; la complejidad hace posible la evolución sistémica... ¿Qué es entonces la complejidad?

Por complejidad entiende Luhmann sencillamente aquel estado de cosas caracterizado por la imposibilidad de unir punto por punto los elementos o acontecimientos del mundo. Precisamente por ello, la complejidad implica *presión*

de selección, es decir, dado que no se puede relacionar todo con todo, ni en todo momento, es necesario proceder selectivamente tanto en el qué, el quién, el cómo y el cuándo (Luhmann, 1998).

Existen varias formas de lidiar con la complejidad. La más obvia es precisamente la formación de sistemas. Los sistemas son relaciones selectivas entre elementos selectivos, que por el mismo hecho de efectuarse se separan de lo que no ha sido seleccionado: el entorno. Los sistemas deben entonces *reducir complejidad* para poder operar, puesto que los mismos elementos que selecciona como propios (los elementos de un sistema son acontecimientos) pueden relacionarse de millones de formas. Entonces, las estructuras del sistema limitan la relacionabilidad de los elementos del sistema, reduciendo de esta manera la complejidad y haciendo posible la autopoiesis del sistema.

El entorno siempre será más complejo que el sistema, por lo que la relación de un sistema con su entorno y con otros sistemas en el entorno siempre va a ser una relación entre *gradientes de complejidad*. La complejidad del entorno es inasible para el sistema, por lo que el sistema para poder representarse a su entorno debe transformar esa *complejidad inasible* en *complejidad estructurada*, es decir, en una complejidad que derive de sus propias estructuras, de su propia diferenciación interna, y que pueda manejar (esto no significa que la pueda controlar, lo que quiere decir es que la indeterminación producida por el sistema es autogenerada, y por esto, complejidad con sentido para el sistema), (Luhmann, 1998).

En consecuencia, los sistemas se diferencian internamente produciendo nuevos sistemas y nuevos entornos, aumentando la complejidad interna del sistema. Pero esto tampoco es suficiente, por lo que se vuelve una buena forma de reducir complejidad el *temporalizar la complejidad*. De esta forma, el sistema puede usar el tiempo para desplazar o reducir en él relaciones que no puede asumir simultáneamente: puede planificar, proyectando así acciones y expectativas hacia el futuro, puede crear chivos expiatorios dirigiendo responsabilidades y culpas hacia el pasado, etc. Así, pues, en la medida en que más complejo se vuelva un sistema, más complejos serán también sus horizontes temporales (Luhmann, 1980).

La reducción de complejidad es un problema que todo sistema debe resolver y precisamente, por ello, es posible comparar sistemas de la más diversa índole bajo esta perspectiva. Cada sistema tiene un conjunto de estrategias para reducir la complejidad, las cuales son funcionalmente equivalentes entre sí.

La teoría de los sistemas de Luhmann es entonces una teoría general que permite comparar ámbitos muy diversos de la experiencia humana, al observarlos en la sistematicidad de su autoorganización y bajo el punto de vista de los *equivalentes funcionales* que cada sistema desarrolla para reducir la complejidad.

Llegados a este punto podemos comprender que los sistemas sociales se autoorganizan, y, por ende, pueden evolucionar en la medida en que se vuelven más complejos y más indiferentes frente a su entorno. Ciertamente, hay muchos puntos en esta exposición que necesitan profundizarse, no obstante, consideramos que lo dicho es suficiente para una exposición general y bastante panorámica de la teoría, y de los elementos teóricos que hay que manejar para poder comprender lo que sigue a continuación.

Seguramente en este punto el lector se preguntará: ¿De qué manera puede competirle a los historiadores de las ideas semejante teoría tan abstracta?

Pues bien, para responder esta pregunta organizaremos nuestra exposición en cuatro segmentos, cada uno subrayando rasgos particulares sobre los cuales Luhmann dedicó su atención. El primero y el más denso teóricamente, se refiere a la propuesta del sociólogo alemán de emplear la diferencia semántica-estructura social como diferencia directriz en la investigación de sociología del conocimiento (2). El segundo se refiere a la paradoja de la unidad de la diferencia, la cual todo sistema debe ocultar para evitar una suerte de cortocircuito que interrumpa sus operaciones (3). El tercero versará específicamente sobre la forma en la que Luhmann concebía la labor del historiador de las ideas desde una perspectiva sociológica (4). Y, finalmente, examinaremos a la teoría política como una teoría de reflexión del sistema político (5).

ESTRUCTURA SOCIAL Y SEMÁNTICA

Lo primero que se pone sobre el tapete al presentar esta distinción es su carácter paradójico: la misma distinción es semántica (Luhmann, 1997). En consecuencia, lo que se problematiza a continuación es: ¿Cómo es posible que la semántica pueda referirse a sí misma y a algo que no es ella misma? Y ¿de qué manera incide la propia semántica en la determinación y configuración de aquello que no es ella misma?

Esta paradoja la resuelve (o la oculta) Luhmann acudiendo a la categoría de sentido. El sentido, como hemos dicho, es una diferencia entre acciones y vivencias actuales y potenciales. El sentido requiere, para su evolución, sistemas sociales y los sistemas sociales se sirven del sentido para procesar la complejidad bajo la forma de sentido. Ahora bien, en el marco de la evolución sociocultural de la humanidad, estos elementos del sentido se han diferenciado entre sí, aunque no por ello dejan de estar íntimamente imbricados. Paulatinamente, se han formado determinaciones para la acción y paralelamente se ha desarrollado una potencia para el procesamiento de vivencias (Luhmann, 2008b).

Las diferencias que resultan entre ambas (las determinaciones para la acción y el procesamiento de vivencias) son examinadas por Luhmann bajo cinco aspectos: los límites del sistema (la diferencia sistema-entorno), las causalidades, la contingencia, la formación de expectativas y las novedades. En cada una de ellas Luhmann descubre que el procesamiento de vivencias se va condensando en un conjunto de *semánticas* que adquieren una cierta autonomía evolutiva, mientras que las determinaciones de la acción van dando lugar a la formación de *estructuras sociales*, es decir, a la diferenciación sistémica (Luhmann, 2008b).

Ahora bien, las formas en las que se relacionan y vinculan semántica y estructura social son bastante complicadas. La estructura social se diferencia según los gradientes de complejidad entre los distintos sistemas sociales y sus respectivos entornos, así que el motor, por decirlo así, de la diferenciación social es la complejidad (Luhmann, 1980b). La estructura social reacciona al incremento de la complejidad con mayor diferenciación. Las formas de diferenciación social descritas por Luhmann son: por segmentos, estratos, centro-periferia y funciones. Históricamente cada una de estas formas ha adquirido primacía sobre las otras (siendo la diferenciación funcional la forma primaria de diferenciación de la sociedad moderna), es decir, que cada una de estas formas de diferenciación ha enmarcado las posibilidades de acción y los grados de libertad de las demás formas de diferenciación social. La sociedad moderna presenta el complejo escenario de que subsisten simultáneamente todas las formas de diferenciación, pero es la funcional la que tiene la primacía (Luhmann, 2007).

Por otra parte, la semántica evoluciona principalmente organizando recursivamente sus propios recursos (lo cual no es posible sin la escritura y sin la imprenta). La semántica (al igual que la estructura social) evoluciona a través de la puesta en juego de tres mecanismos: variación, selección y reestabilización. La *variabilidad*

semántica es producida por las múltiples interpretaciones efectivamente realizadas a partir de gran cantidad de textos (algunos más estimados que otros) y plasmadas en nuevos textos que suscitan, de nuevo, más interpretaciones. Estas variaciones son *seleccionadas* por los sistemas sociales y por sus estructuras, los cuales emplean tales semánticas para construir identidades que les ayuden en la organización y orientación de sus operaciones. Cuando esto ocurre, esas variaciones semánticas han sido *reestabilizadas* (Luhmann, 2007).

La semántica es regulada en su evolución por la plausibilidad y la pérdida de realidad de sus conceptos. Un concepto que pierda asidero en la realidad se desecha, mientras que el que es fértil para describir no solo lo que ha pasado, sino también lo que está pasando y lo que podría pasar, adquiere mayor relevancia comunicativa, y en determinadas ocasiones se convierte en lo que Koselleck (2009) llama un concepto fundamental, o en lo que Laclau (2005) llama un significante vacío. Esta plausibilidad está dada también por la forma de diferenciación primaria de la sociedad, la cual favorece aquellas semánticas que le sirvan para autodescribirse, fundamentalmente, aquellas semánticas que puedan absorber incertidumbre y que permitan dar sentido a relaciones muy complejas.

Hay que resaltar que tanto la semántica como la estructura social son formas de ordenación del sentido, por ende, se trata de un logro evolutivo del sentido mismo, el cual se vale de esta diferenciación para atajar mayor contingencia por medio de la semántica social, en la medida en que despeja el camino para la evolución de estructuras sociales.

Por ejemplo, el género literario de las utopías permitía ensayar con modelos de sociedad antes de siquiera intentar implantarlos. De esta manera, el sistema podía ensayar con estructuras de expectativas derivadas de estas semánticas y comprobar si resultaban adecuadas para manejar las relaciones de complejidad del sistema consigo mismo y con su entorno.

La tesis de Luhmann es que cada forma primaria de diferenciación privilegia un tipo de semántica (1980b). Por ejemplo, una forma de diferenciación estratificada privilegiará las semánticas del honor, la virtud y la distinción, ya que las mismas sirven para asentar las diferencias de rango y condición constitutivas del orden social en cuestión. Ahora bien, esto no significa que otro tipo de semánticas subsistan e incluso continúen evolucionando. El ritmo de cambio más lento de la semántica hace posible, sin embargo, que surjan *avances preadaptativos* (Luhmann, 1980b),

es decir, ciertos conceptos pueden ofrecer diferencias e informaciones que no sean relevantes en determinado horizonte de sentido ni para determinada estructura social, pero que en el futuro y bajo el primado de otra forma de diferenciación social pueden adquirir una relevancia que desconocían en el pasado. Así que si bien la semántica tiene un ritmo más lento, esto no representa una desventaja, sino que más bien se trata de la condición de su éxito.

La semántica en cierta medida está presente a todo nivel de formación y operación sistémica. No obstante, existen operaciones del sistema que no se pueden lingüistizar ni reducir al lenguaje, por ejemplo, esas estructuras latentes o esas diferencias que orientan tras bastidores la autopoiesis del sistema. Para comprender cabalmente esto, es preciso recordar que el sistema opera en dos niveles, a saber, el de la autopoiesis y el de la observación-descripción. A nivel autopoietico, el sistema debe generar *capacidad de enlace*, es decir, lo importante es que tras una comunicación vaya otra, y así sucesivamente, mientras que al nivel de las observaciones-descripciones el sistema se preocupa por generar *redundancia* (Luhmann, 1998). Es por ello que en este nivel se forman las tradiciones semánticas y se condensa la semántica más elaborada culturalmente, ya que lo que necesita el sistema es certidumbre de sus operaciones y recursos para formar y consolidar identidades. En el nivel autopoietico el papel del lenguaje no es determinante, pero al nivel de las descripciones y observaciones juega un papel primordial.

Un ejemplo de estructuras lingüistizadas pero que no pueden reducirse al lenguaje son los códigos binarios. Si bien los códigos se nutren de la conceptualidad de la semántica, no operan exclusivamente bajo la recursividad semántica; adquieren, por el contrario, valor socioestructural y permanecen ocultos en su funcionalidad. Operan, por decirlo así, subrepticamente, como supuestos de la comunicación, pero nunca como tema explícito de la misma. En este nivel se produce la diferenciación sistémica, siguiendo los imperativos de los gradientes de complejidad entre el sistema y el entorno.

El modelo de Luhmann ha sido definido por Stäheli (2000) como de posterioridad lineal de la semántica. Stäheli critica el procedimiento de Luhmann, aludiendo que privilegia la estructura social sobre la semántica (esta crítica de Stäheli aparece antes de que póstumamente salieran publicados importantes artículos de Luhmann sobre el tema). Stäheli sugiere corregir el modelo luhmanianno desde un punto de vista constructivista, proponiendo un modelo de posterioridad constitutiva de la semántica. Partiendo del psicoanálisis, específicamente, de la construcción

retroactiva de acontecimientos traumáticos, el autor sugiere que de igual modo un sistema social como un sistema de significantes puede emplear modos de autoobservación que operen traumáticamente, es decir, tomando operaciones pasadas para desplegar su operatividad en el presente. Con esto, estas autoobservaciones son constitutivas, puesto que transforman la forma de operar de los sistemas y con ello sus estructuras (Stäheli, 2000).

El modelo de Stäheli no sorprende a ningún historiador, puesto que ningún otro sabe mejor qué acontecimientos del pasado pueden ser reinventados en un presente determinado. Ahora bien, el modelo que propone efectivamente representa una transformación en la operatividad (es decir, en la forma como se enlazan las comunicaciones) de los sistemas, pero ello no implica necesariamente un cambio en la forma de diferenciación del sistema en cuestión y mucho menos en el sistema social total. Esta confusión se debe a no distinguir adecuadamente, primero, entre estructura social y un sistema social en concreto y, segundo, entre observación y descripción.

Cuando Luhmann vincula la semántica con la estructura social, se refiere a la forma de diferenciación primaria de la sociedad y al repertorio semántico disponible para esa sociedad. El problema de la semántica con respecto a un sistema social cualquiera (pudiendo ser incluso el sistema-mundo) es de un rango distinto. Aquí no se trata de la totalidad de la semántica disponible, sino de aquella que recluta el sistema para orientar sus operaciones, es decir, la que funge como autodescripción. Y esta semántica reclutada como autodescripción puede subsistir a pesar de perder valor de realidad, porque precisamente es funcional para un sistema determinado (véase “Tautología y paradojización”).

En segundo término, Stäheli habla de autoobservaciones y autodescripciones como si estuviesen al mismo nivel. La autodescripción implica el uso de textos, por ende, su recursividad es más fuerte, su disponibilidad es más universal y su duración es más prolongada. Solo en este nivel sería posible la alternativa que plantea, porque solo aquí existen huellas. En la autoobservación se emplea también obviamente la semántica, pero se trata de la forma en la que cotidianamente se racionaliza el devenir social; aquí predomina el lenguaje común, los prejuicios vulgares, los estereotipos, lo que se llama mentalidad colectiva.

En resumidas cuentas, el modelo de Stäheli no puede sustituir lo que él llama la posterioridad lineal de la semántica de la teoría de Luhmann, no obstante, puede complementarle.

Es tiempo de un balance parcial. ¿Qué puede aprender el historiador de todo esto? En primer lugar, tiene un marco teórico que le permite deshacerse de la problemática categoría de *idea* y trabajar con la de *semántica* (aunque el mismo Luhmann oscila entre una y la otra), aunque si lo prefiere también podría trabajar con otras, como la de *formación discursiva* y la de *concepto*. En segundo lugar, puede comparar la evolución de un conjunto determinado de conceptos con las *transformaciones socioestructurales* de la sociedad, y observar los condicionamientos, las contradicciones, las posibilidades que se abren, lo que ya no es posible, a saber, puede examinar cómo incidieron determinados conceptos en determinados fenómenos históricos, de qué manera venían transmitiéndose estos conceptos a lo largo de la historia y cómo la estructura social en determinado momento histórico favorecía o desfavorecía el empleo de ciertos conceptos. En tercer lugar, es sumamente importante prestar atención a los *desfases temporales* que siempre se producen entre la semántica y la estructura social, sobre todo cuando una semántica producida en el seno de determinada cultura es exportada a otras en las que predomina otro tipo de diferenciación social, generalmente menos compleja. Así, pues, podemos preguntarnos ¿cómo coexisten estos sistemas sociales en una misma evolución sociocultural? O en dado caso, ¿cómo se vinculan dos evoluciones socioculturales distintas? En cuarto lugar, el historiador también podría servirse de estos instrumentos teóricos para describir el *cambio social y político*. Para ello puede examinar cómo un conjunto de estructuras de expectativas entran en crisis y son sustituidas por otras, mientras que simultáneamente el sistema se preocupa por garantizar su autopoiesis. Dicho de otra manera, se puede estudiar cómo se le da sentido a los acontecimientos, en el mismo momento en el que los marcos normativos y/o cognitivos para interpretarlos entran en crisis. Y finalmente, se trata de una teoría que hace consciente al observador (en este caso el historiador) de su propia historicidad y de la contingencia social de sus distinciones.

Pero también existen categorías que pueden resultar problemáticas al ojo del historiador. Por ejemplo, la categoría de *avance preadaptativo* parece estar impregnada de anacronismo y teleología. Una semántica se desarrolla en un momento histórico y desde entonces pasa a formar parte del bagaje cultural de una sociedad, pero no por ello puede señalarse que estaría preadaptada para estadios evolutivos más complejos. En realidad, la categoría es retrospectiva y debería emplearse con cuidado: se trataría de investigar cómo en el transcurso de la evolución semántica, ciertas formaciones conceptuales, en principio subsidiarias y marginales, fueron adquiriendo mayor capacidad comunicativa y, por ende, mayor relevancia social hasta volverse parte fundamental de la cultura.

Examinemos a continuación otra alternativa de análisis histórico-sistémico: las autodescripciones de los sistemas sociales.

TAUTOLOGÍA Y PARADOJIZACIÓN

Anteriormente distinguíamos la forma primaria de diferenciación social y la semántica socialmente disponible, de la semántica empleada por determinado sistema para su observación-descripción. En este segmento discutiremos esta última relación.

Es importante destacar que para Luhmann lo que mantiene la continuidad y supervivencia de un sistema no son sus estructuras sino su *autopoiesis* (Luhmann, 1998). Cuando un sistema cesa de enlazar comunicaciones, desaparece. Desde este punto de vista, las estructuras son equivalentes funcionalmente entre sí y pueden ser sustituidas de cuando en cuando e incluso pueden coexistir simultáneamente varias de ellas.

Hemos dicho entonces que el sistema se sirve de observaciones y descripciones, las que como estructuras limitan la relacionabilidad de las comunicaciones. Por ejemplo, si hablamos del “show mediático” como un esquema de observación, podemos dar cuenta de cómo este permite enlazar y dar sentido a los acontecimientos políticos y, también, cómo surgen nuevas comunicaciones que se orientan frente a este esquema, bien sea siguiéndolo o criticándolo. Una estructura como esta es muy lábil y es sustituida por otra con cierta frecuencia –lo que no quiere decir que no pueda volver a actualizarse en otra ocasión (sobre todo en el contexto de los medios de masas modernos).

Una autodescripción, en cambio, tiene mayor duración. Tomemos, por ejemplo, el “bolivarianismo” como forma de autodescripción del sistema “Estado venezolano”. Esta estructura es de suma importancia, porque sobre ella se fundan las identidades con las cuales el Estado se describe a sí mismo y con las que pretende obtener legitimidad en el pueblo. Toda comunicación política (decisiones vinculantes colectivas) pasa por el tamiz de haber sido querida por Bolívar, mientras que todas las inestabilidades autogeneradas por el sistema (otras decisiones de otros Estados, presión de la opinión pública nacional o internacional en torno a determinado tema, entre otros) son descritas como factores imperialistas que impiden el desarrollo soberano del país.

Ahora bien, para mantener la continuidad de la autopoiesis es indispensable que el sistema interrumpa de alguna manera la autorreferencialidad de sus comunicaciones, puesto que, de lo contrario, el sistema alcanzaría un cortocircuito donde no seguiría una nueva comunicación a la precedente. La autorreferencialidad del sistema es una consecuencia de que los sistemas sociales empleen el sentido para operar y, por ende, siempre se produce. El problema surge cuando esta autorreferencia lleva a la paradoja o a la tautología. Y esto es un problema típico de la sociedad moderna (Luhmann, 1996). Este es el servicio que prestan justamente las autodescripciones.

En las sociedades segmentarias no existía un desarrollo semántico muy amplio, puesto que la mayoría de las comunicaciones dependía de la presencia. En las sociedades estratificadas, las desigualdades sociales incrementaron la producción de semánticas, dada la mayor complejidad del sistema. En estas sociedades la cúpula o el estrato superior producía las autodescripciones de la sociedad, en cierta forma, la élite era la sociedad. Así, pues, era posible una representación de la sociedad dentro de la sociedad sin que hubiese concurrencia. Pero en la sociedad moderna, diferenciada funcionalmente, ya no es posible la representación de la sociedad en la sociedad sin concurrencia, puesto que cada sistema social funcional tiene su propia descripción de la sociedad. Como la sociedad moderna no tiene centro porque cada sistema es único y autónomo en su función, obtenemos como resultado múltiples descripciones concurrentes de la sociedad. Bajo estas condiciones se vuelve prácticamente imposible representar a la sociedad en su unidad (Luhmann, 1996).

Ante este problema los sistemas reaccionan con la mayor abstracción de sus descripciones, con la consecuencia de que la única forma de construir una identidad es mediante la tautología o la paradoja. Por ende, el sistema debe buscar también estrategias de invisibilización de las paradojas (Luhmann, 1996).

Luhmann afirma que el sistema nunca admite el riesgo de la paradoja y la tautología. No obstante, las formas de autodescripción que desarrolla conllevan este riesgo, aunque a partir de ellas también se reclutan recursos para desparadojizar las autodescripciones.

Las dos formas primarias en las que la sociedad moderna se ha autodescrito es mediante las ideologías y los valores. Las ideologías han temporalizado la paradoja de que la sociedad sea lo que no es: proyectan hacia el futuro la sociedad deseada

y ubican en el pasado la sociedad que se desea cambiar. Los valores construyen alternativas para la alta conflictividad de las ideologías, aunque no se pueda decidir sobre la prioridad entre ellos. Sin embargo, fungen como fórmulas de consenso que comprometen a la acción y permiten la observación de valores (es decir, lo correcto, lo estimado y apreciado) y contravalores (Luhmann, 1996).

Según Luhmann, existen dos formas de interrumpir la autorreferencia, una natural y otra artificial. La primera consiste en ignorar que la paradoja está allí, mientras que la segunda declara la existencia de la paradoja, para después indicar que algo debe suceder para eliminarla (Luhmann, 1996), (por ejemplo, en la teoría del *Contrato social*, Rousseau parte de que el hombre nace libre y, sin embargo, está lleno de cadenas, y entonces, el contrato social surge haciendo a cada sujeto soberano).

Luhmann termina por indicar que el truco es pasar de las naturales a las artificiales, puesto que con esto se gana conciencia de la contingencia de nuestras autodescripciones sociales. El problema reside en si es posible hacerse con una semántica social que soporte presentarse a sí misma en su contingencia como autodescripción de la sociedad-mundo (Luhmann, 1996).

LA HISTORIA DE LAS IDEAS DESDE UNA PERSPECTIVA SOCIOLÓGICA

Luhmann observa a la historia de las ideas como una parte importante de la historia de la cultura; ciertamente, toda la historia intelectual de la cultura parte igualmente de textos (sea que uno se interese por la poesía o por la política –aunque el arte plantea el problema especial de tratar a la obra de arte como texto), y en consecuencia, comparte un mismo conjunto de problemas: la interpretación de los textos.

Según Luhmann, los dos principales problemas que afronta el historiador son la gran cantidad de datos y los fundamentos epistemológicos que sigue en sus investigaciones (Luhmann, 2008c).

El historiador trabaja con una masa inagotable de fuentes, de datos sobre las fuentes, de datos sobre las fuentes de las fuentes; y además de ello, el historiador se empecina por sacar cada vez más detalles. Luhmann critica la pedantería del

detalle que funge como criterio de rigurosidad para muchos historiadores, puesto que a ese nivel no se puede construir conocimiento (Luhmann, 2008c). ¿Por qué? Porque sencillamente no es posible unir causalmente las redes de acontecimientos en una trama coherente y que pueda rendir explicaciones plausibles. Esto siempre ha permanecido como un desiderátum de los historiadores, y aun lo es (Dosse, 2006).

El historiador asume entonces que es posible determinar relaciones causales y, en consecuencia, se empeña en descifrar influencias. Pero ¿cómo es posible determinar quién influyó sobre quién y en qué medida?, ¿la mera citación es una condición de influencia? Y si es así ¿determina la cita el pensamiento de quien la emplea? (Luhmann, 2008c).

La determinación de influencias no es una investigación productiva en términos de ganancia de conocimiento, por la sencilla razón de que le falta sustento teórico y de que cualquier relación causal puede ser hecha contingente y, entonces, pierde validez.

Desde el punto de vista epistemológico es común a la historia intelectual partir o bien del autor, o de conceptos, o bien de una tradición prefijada (escuelas, corrientes intelectuales, etc.). Sin embargo, esto siempre es problemático, ya que en cada uno de esos niveles de análisis se intersecan múltiples lugares comunes, otros autores, otras tradiciones previas o paralelas, etc. Estas identidades que el historiador toma como punto de partida, le llevan a la continua disolución de los puntos de vista de los que parte (Luhmann, 1980c).

Los métodos desarrollados no han servido de mucho; solo han servido para multiplicar las controversias: siempre queda abierta la posibilidad de rebatir lo que se escribió sobre lo que dijo o quiso decir verdaderamente un autor.

Para Luhmann, el problema reside entonces en la *complejidad inasible* que caracteriza al material del que parte el historiador. Ningún procedimiento parece tomar en cuenta el problema de la complejidad, al contrario, terminan multiplicando de manera inconsciente la complejidad del ámbito en el que se trabaja (Luhmann, 1980b; 2008c).

Para Luhmann, la complejidad debe ser abordada desde tres puntos de vista: primero, una teoría compatible con la complejidad de la realidad que se intenta

explicar; segundo, se debe tener en cuenta la complejidad autogenerada que produce la propia disciplina al llevar a cabo sus investigaciones (piénsese, por ejemplo, en toda la literatura que existe sobre Thomas Hobbes); y, finalmente, esta teoría para la investigación histórica debería ser una teoría de la conservación de complejidad, puesto que lo más importante es rastrear los textos y conceptos que históricamente han permitido procesar mayores gradientes de complejidad social.

Ahora bien, esta última es una de las tres técnicas de explicación histórica de la semántica (en realidad, sigue hablando de ideas) que Luhmann sugiere que los historiadores deberían llevar a cabo. Las presentamos a continuación:

- a. *Autorreferencia*: La primera orientación es partir de la autorreferencialidad del material histórico con que se trabaja. Suponemos que el material histórico es autorreferencial porque trabajamos con generalizaciones de sentido (y el sentido es autorreferencial porque se implica a sí mismo, incluso el sinsentido tiene sentido). Pero no solo eso, sino que también cada formulación se entiende en función de un contexto de pensamiento, el cual activa para sí en el momento de producirse. Por ejemplo, el enunciado “Moral y luces son nuestras primeras necesidades” debe entenderse en el contexto intelectual republicano clásico, puesto que las virtudes morales y la educación de los ciudadanos eran consideradas una condición esencial para tener una república.
- b. *Sensibilidad a las diferencias-reacción a las diferencias*: El sentido genera constantemente diferencias que producen información. Estas diferencias producen variaciones en la semántica. Esto ocurre porque las diferencias de sentido pueden estructurar distintas oposiciones conceptuales, según un concepto pueda especificar más aun una diferencia y con esto ganar más información (sensibilidad), o según un concepto cambie su posición dentro de un campo semántico en función de las diferencias que estipulen otros conceptos (reacción). Solo en este sentido, según Luhmann, podría hablarse de causalidad: una causalidad de iniciación o una causalidad de mantenimiento o estructural. Estas estructuras pueden consolidarse reduciendo el margen para lo arbitrario, formándose así una suerte de red cultural que procesa diferencias y reproduce información. Por ejemplo, la semántica de la democracia se encuentra inserta dentro de la red cultural occidental en la cual nació y se desarrolló. Esa red está constituida por las diferencias de sentido y las oposiciones conceptuales por las cuales ha pasado a lo largo de su historia (democracia como opuesto a *politeia*, a monarquía, a república, a dictadura, etc.). Esta estructura ha hecho

que el concepto de democracia sea lo que es hoy, y difícilmente en el futuro la semántica de la democracia podrá desprenderse de las determinaciones que durante su evolución la han impregnado. En relación con una sociedad funcionalmente diferenciada, la democracia genera un conjunto de expectativas hacia el futuro: mayor democratización en el sentido de darle más participación a la gente, mayor seguridad frente a los embates de la economía mundial, entre otros. Todos estos escenarios producen diferencias entre el presente y futuro y generan información que es procesada por los sistemas (para el sistema político hace una diferencia el proyecto de la democratización [más votos para quien lo propone, mayor legitimidad para el aparato de Gobierno], mientras que los demás sistemas funcionales experimentan esa diferencia como irritaciones en su entorno) y que cambia las relaciones del mismo concepto con otros conceptos (derechos humanos, economía global, estabilidad regional, etc.).

- c. *La complejidad como factor de selección*: Las formaciones conceptuales que sean más capaces de producir información bajo condiciones de una complejidad social cada vez mayor, son aquellas que evolucionarán. Así, pues, la complejidad selecciona semánticas en su evolución, mientras que permite que otras queden al rezago y desaparezcan al perder capacidad comunicativa. Un concepto, como diferencia entre significante y significado, es tanto más compatible con la complejidad social en la medida en que sea más general y pueda rendir información en las situaciones más variadas. Un buen ejemplo, remitido por el mismo Luhmann, son los *singulares colectivos* de los que habla Koselleck. Un singular colectivo es un concepto fundamental que condensa gran cantidad de significados y se vuelve indispensable a la hora de remitirse a un ámbito de la cultura. Incluso, el mismo sintagma "historia de las ideas" es para Luhmann un singular colectivo (Luhmann, 2008c).

No debe pensarse que la evolución sociocultural se dirige siempre ascendentemente a estados de progreso y desarrollo que hacen a la sociedad cada vez mejor; de igual manera, conceptos capaces de procesar mayor complejidad no son necesariamente conceptos más útiles para la ciencia, ni esto garantiza la continuidad de su evolución. Evolución significa en la teoría de los sistemas, sencillamente, el reforzamiento de la reproducción desviada a través de los mecanismos de variación, selección y reestabilización (Luhmann, 2008b).

Dicho esto, existen distintas formas por medio de las cuales la semántica, en el curso de la evolución, se difunde socialmente y en el proceso gana también complejidad. Tales formas son:

- La escritura y la imprenta
- La propia evolución de la semántica, es decir, cómo la semántica varía, es seleccionada y reestabilizada
- La formación de estructuras (ya las hemos descrito: descripciones, códigos...)
- Diferenciación sistémica (Luhmann, 2008c)

Otra forma que según Luhmann valdría la pena estudiar es cómo la sociedad conserva sus logros evolutivos a través de los medios de comunicación simbólicamente generalizados (Luhmann, 1998b). No obstante, es poco lo que dice aquí y poco lo que se ha investigado al respecto (Luhmann, 2008c).

Finalmente, Luhmann termina preguntándose si en la sociedad existe solo una evolución o bien existen evoluciones parciales, por ejemplo, la evolución del sistema político. ¿De qué manera se relacionan entre sí estas evoluciones? Esta es una pregunta que no sabe cómo contestar y que deja abierta (Luhmann, 2008c).

Hagamos otro balance parcial. Ya aquí el historiador encuentra una propuesta más concreta sobre cómo abordar desde la teoría de los sistemas la historia intelectual. En primer lugar, se requiere un mayor desarrollo epistemológico de la disciplina: se requieren métodos y teorías que permitan lidiar con la complejidad inasible dada por el universo de las historias posibles, pero también se requieren estrategias para manejar la complejidad autogenerada. La forma como convencionalmente la disciplina maneja su complejidad interna es dejando en el olvido textos y métodos que se consideran desactualizados, no obstante, en otro instante son reactivados y sus puntos de vista adquieren actualidad. Por ejemplo, con el método de la Escuela de Cambridge se pretendía relegar al pasado los métodos basados en el estudio de textos y autores clásicos, y entonces Dominick LaCapra (1983) retoma esta idea revistiéndola de nueva legitimidad. En segundo lugar, el estudio semántico debe evaluar la evolución semántica en función de la capacidad de procesamiento de complejidad de una formación conceptual determinada o de textos determinados. En tercer lugar, deben examinarse los mecanismos de variación, selección y reestabilización de la semántica. En cuarto lugar, deben tomarse en cuenta las diferencias de sentido que se generan en los conceptos y que producen también los mismos conceptos. En quinto lugar, el historiador con esta teoría estaría en capacidad de seleccionar de manera más precisa sus referencias

sistémicas: puede decidir si examina una semántica particular de un sistema funcional o puede decidir si examina semánticas más generales que están disponibles para todos los sistemas sociales. Y en función de ello, puede examinar con mayor precisión las estructuras sociales relevantes: si se trata de un sistema funcional, el problema será enfocado desde la perspectiva de las observaciones-descripciones y operaciones del sistema en cuestión, mientras que si se trata del sistema mundo, entonces lo que se tendrá en cuenta principalmente será la forma primaria de diferenciación de la sociedad.

Todos estos elementos forman en gran medida un nuevo programa de investigación para la historia intelectual.

LA TEORÍA POLÍTICA COMO TEORÍA DE REFLEXIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO

Nos queda examinar por último aquello que Luhmann llama *teorías de reflexión*. Todos los sistemas funcionales desarrollan teorías de reflexión, pero nos ocuparemos en este caso solamente del sistema funcional de la política (Luhmann, 2005).

En una sociedad funcionalmente diferenciada se multiplican simultáneamente las autonomías y las interdependencias entre los sistemas sociales. La diferenciación funcional no quiere decir que no existan conexiones ni relaciones entre los sistemas; tampoco debe entenderse de este modo la clausura operativa. Por el contrario, la diferenciación es la condición de la posibilidad de la interdependencia, porque si algo no es reconocible como tal ¿cómo puede decirse que depende o no de tal o cual cosa?

La sociedad moderna, en consecuencia, es una sociedad sumamente integrada, en la cual pocos grados de libertad se conceden los sistemas funcionales entre sí; las interdependencias son muy estrechas, sobre todo entre el sistema político, el económico y el jurídico (Luhmann, 2007).

Pero también el sistema de la ciencia y el sistema político presentan dependencias interesantes. Cada sistema es como una caja negra para el otro, porque en su operatividad cada sistema es invisible para los demás. La operatividad de la política está guiada por el poder, mientras que la de la ciencia está orientada

por la verdad. No obstante, cada sistema desarrolla una suerte de *lenguaje de observación* para dar cuenta de los sistemas presentes en su entorno. Así, pues, la política ve a la ciencia con los anteojos del poder y la ciencia ve a la política con aquellos de la verdad (Luhmann, 2005).

A pesar de la clausura operativa de cada cual, es posible que se empleen políticamente descripciones de la política producidas por el sistema científico. Desde este punto de vista, no solo podemos considerar a la teoría política como un programa de investigación sobre temas políticos, sino que también, y bajo ciertas condiciones, la teoría política puede ser empleada políticamente, es decir, como expresión de un proyecto político o como verdades que pretenden validez en el campo político (Luhmann, 2005).

Así, pues, las universidades (ningún sistema funcional puede subsistir sin organizaciones básicas: para la política el Estado, para la economía los bancos, para la ciencia las universidades, etc.) pueden producir textos que contribuyan simultáneamente a la reproducción del conocimiento, como al apuntalamiento de un proyecto político o a la formulación de una propuesta política. Entonces, una teoría de reflexión es una autodescripción de un sistema, cuya producción debe al sistema de la ciencia. Una teoría de reflexión, en este caso de la política, debe por tanto conferirle un punto de agarre al sistema para la orientación de sus operaciones.

El problema radica para Luhmann en la racionalidad de tales teorías, es decir, en la medida en que ellas le permitan al sistema observarse a sí mismo bajo la diferencia sistema-entorno, formándose así una representación suficientemente compleja y adecuada de la sociedad (Luhmann, 1998).

Ya en este punto Luhmann se dirige a la crítica de la teoría política contemporánea; no obstante, lo que nos interesa subrayar aquí es cómo el historiador puede aprovecharse de esto.

El historiador de las ideas políticas se encuentra con el hecho de que las teorías de los siglos XVII-XVIII, forman parte hoy día del lenguaje político cotidiano. Y si busca en otros momentos de la historia también puede encontrar que lo que en algún momento fue especulación filosófica, tiempo después se convirtió en moneda corriente.

Así que, sobre todo para comprender la historia de los siglos XVI en adelante (cuando empieza a delinearse la diferenciación funcional de la sociedad), resulta

muy útil disponer de una teoría que nos permita comprender las complejas relaciones entre la diferenciación y la interdependencia. Aquí el rol del historiador es fundamental, porque le corresponde a él ilustrar cómo se dio este proceso, mostrarlo en su contingencia, descubrir cómo la semántica y la diferenciación social se conjugaron para producir la configuración de la sociedad contemporánea.

NOTAS DE CLAUSURA

La teoría social de Niklas Luhmann ofrece un marco teórico programático, que permite la dirección de investigaciones en el ámbito de lo que se ha denominado tradicionalmente historia de las ideas o historia intelectual. No se trata de una metodología más; se trata de un cambio de paradigma: del de la causalidad lineal al de la complejidad.

Se ofrece entonces la perspectiva de estudiar las vinculaciones sumamente complejas e históricamente contingentes entre semántica y estructura social. Se ofrece también un marco teórico sistémico que permite trabajar con categorías claramente relacionadas unas con otras (sistemas, estructuras, diferenciación, etc.). Esto evita caer en el uso abusivo de la categoría de contexto, la cual empleamos muchas veces sin saber exactamente a qué nos referimos. Podemos, en cambio, fijar nuestras referencias sistémicas y especificar cuál es nuestro sistema de partida y los entornos relevantes para nuestro análisis. Y, finalmente, pero no menos importante, se ofrece una categoría que permite comprender las relaciones entre los sistemas psíquicos y sociales (permitiendo una solución –contingente ¿por qué no?– al tradicional problema de la relación del individuo con la sociedad y, en este caso, del pensamiento individual con el social), pero que fundamentalmente desvía esos problemas hacia la psicología o la ciencia cognitiva y nos orienta hacia el estudio de la comunicación social y sus formaciones históricas. Esta categoría es el sentido.

Obviamente, esto no implica desechar todo lo demás. Son muy fructíferas las relaciones entre este marco teórico y los métodos existentes en la historia intelectual (Blanco, 2009). La obra de Koselleck es citada con frecuencia por Luhmann, pero no solo la *Begriffsgeschichte* es compatible con la teoría de los sistemas, es también posible ensayar con otras ofertas disponibles. Es palmario que estos intercambios requieren ajustes teóricos, pero de lo que se trata es de tender puentes entre las distintas ciencias que investigan sobre un mismo campo de fenómenos

y de reforzar estos vínculos. Al hacerlo se logran abrir nuevas líneas de investigación, se alcanza la producción de investigaciones con mayor solidez teórica al aprovechar los avances de otras áreas del saber, y de esta manera, se consigue que la autopoiesis del sistema de la ciencia continúe reproduciéndose.

BIBLIOGRAFÍA

BERGER, P. y LUCKMANN, T. (2008). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

BLANCO, J.J. (2009). Teoría de sistemas e historia de las ideas. Aportes sistémicos al debate de la historia de las ideas. *Persona y Sociedad*, n° 2, vol. XXII, 91-113.

COLLINGWOOD, R. (1974). *Autobiografía*. México: FCE.

DE CERTEAU, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

DOSSE, F. (2006). *La historia en migajas*. México: Universidad Iberoamericana.

GLASERFELD, E.V. (1997). *Radikaler konstruktivismus. Ideen, ergebnisse, probleme*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

KOSELLECK, R. (2010). *Vom Sinn und unsinn der geschichte*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

KOSELLECK, R. (2009). Un texto fundamental de Reinhart Koselleck: la introducción al Diccionario Histórico de Conceptos Político-Sociales Básicos en Lengua Alemana, seguida del prólogo de dicha obra. *Revista Anthropos*, n° 223.

KOSELLECK, R. (2006). Sprachwandel und eeignisgeschichte. En Koselleck, R. *Begriffsgeschichten* (pp. 32-55). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

KOSELLECK, R. (2003). *Zeitschichten. Studien zur historik*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LACAPRA, D. (1983). *Rethinking intellectual history: Texts, contexts, language*. Ithaca: Cornell University Press.

LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

LUHMANN, N. (2008a). *Ökologische kommunikation. Kann sich die gesellschaft auf ökologische gefährdungen einstellen?* Wiesbaden: VS Verlag.

LUHMANN, N. (2008b). Sinn, selbstreferenz und soziokulturelle evolution. En Luhmann, N. *Ideenevolution* (pp. 7-71). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (2008c). Ideengeschichte in soziologischer perspektive. En Luhmann, N. *Ideenevolution* (pp. 234-252). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.

LUHMANN, N. (2005). Theoretische orientierung der politik. En N. Luhmann, *Siologische aufklärung 3. Soziales system, gesellschaft, organisation* (pp. 369-388). Wiesbaden: VS Verlag.

LUHMANN, N. (2000). *Die politik der gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (1998a). *Sistemas sociales. Lineamientos de una teoría general*. Barcelona: Anthropos.

LUHMANN, N. (1998b). Consideraciones introductorias a una teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados. En Luhmann, N. *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia* (pp. 99-130). Madrid: Editorial Trotta.

LUHMANN, N. (1997). Lo moderno de la sociedad moderna. En Luhmann, N. *Observaciones de la modernidad* (pp. 13-48). Barcelona: Paidós.

LUHMANN, N. (1996). Tautologie und paradoxie in den selbstbeschreibungen der modernen gesellschaft. En Luhmann, N. *Protest* (pp. 79-106). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (1980a). Temporalisierung von Komplexität: Zur Semantik neuzeitlicher Zeitbegriffe. En N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik. Band I*. (pp. 235-300). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (1980b). Gesellschaftliche struktur und semantischetradition. En N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und semantik. Band I* (pp. 9-71). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

LUHMANN, N. (1980c). Selbstreferenz und binäre schematisierung. En Luhmann, N. *Gesellschaftsstruktur und smantik. Band I* (pp. 301-313). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

SEARLE, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.

STÄHELI, U. (2000). *Sinnzusammenbrüche. Eine dekonstruktive lektüre von Niklas Luhmann systemtheorie*. Göttingen: Velbrück Wissenschaft.

WHITE, H. (2010). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.